

---

## Uno

Las líneas en los muros dicen que, ganosos, los dos chavos saben que colgarse de una oportunidad significa el despegue. La chanza se tiene que cazar al vuelo cuando la competencia hierve esperando la ocasión, una sola, la que sea y de a como se dé; de donde salga y a lo que tope; una solita capaz de hacerlos trepar a la fortuna; una oportunidad parecida a esta que después de un buen de buscarla por fin les ha llegado, porque en el Barrio las puertas se abren o se clausuran dependiendo del primer trabajo gordo, y éste lo es.

Uno de los chavos es ancho; el otro, espigado y con las mechas pintadas. Uno usa chaleco de cuero; el otro, camiseta deportiva. Están trabajando el mejor lance que hasta la fecha hayan tenido: su debut en las grandes rolas, y cuando se llega a las mayores hay que andar con los pies firmes en el pavimento; ninguna precaución es chiquita. La Yamaha se ha quedado de lado para no hacerlos ostentosos, mejor a pie, los dos vigilan al tipo que días antes conocieran en la fotografía que el Jitomate les puso enfrente.

El hombre de la foto llega al estacionamiento de los hermanos Berna a eso de las siete y media de la mañana. Deja su automóvil: Honda Accord color dorado. Junto a él se cambia de ropa; con mucho cuidado guarda en la cajuela el traje marrón, los zapatos italianos, y ya con el atuendo de mezclilla y su sombrero gris de fieltro sobre el filo de la ceja derecha camina rumbo a su puesto de aparatos electrónicos; lo abre antes de las ocho de la ma-

ñana y desde esa hora hasta el cierre, casi a las ocho de la noche, el Sombrerito —como los dos le pusieron para referirse al tipo— manda recados a sus otras cinco tiendas, atendidas por sus sobrinos.

—No sale ni a comer —informó Golmán la noche anterior.

—Come solito —acompletó Fer Maracas.

Dos los vigilantes, dos: Golmán y Fer Maracas. Con sigilo y sin hacerla de pex han ido entrando a la rutina del vigilado: cerca de las tres de la tarde, una muchacha delgada y gris como rata, que después la pareja de vigilantes supo que era la hija menor, de un portaviandas saca guisos, calienta tortillas en un comal colocado sobre una parrilla eléctrica; el hombre almuerza a solas.

Protegidos por el vaivén de la gente, los vigilantes ven comer a Sombrerito; Fer escucha el guólcman, mueve las manos siguiendo el ritmo, no pierde de vista al comerciante, habla con su compañero, que juega con los colgajos que, para afinar la buena suerte, adornan su brazo derecho.

Golmán juega, sí, pero con un ojo puesto en el comerciante; no se pregunta las razones de estar ahí, nel, desde su llegada al Barrio supo que pasarse de listo pa conocer de más era vivir de menos, y como si buscara entretenerse en esas esperas tan aburridas, hace a un lado el trajín del mercado para meterse en los vericuetos de su misma historia y le llegan los consejos la mañana en que el Bos le encargó éste que es su primer trabajo importante; puede ver la cara del Jitomate, los ojos ensueñados, la voz pastosa:

—Si no le buscas motivos a las órdenes, va a pasar mucho pa que tu nombre aparezca en la Cruz de la Esquina de los Ojos.

Con menos palabras, Golmán lo repitió a Fer Maracas como si fuera una película que se mira varias veces, una repetición con variantes. Meses atrás, los dos se pusieron

de acuerdo en trabajar juntos; sí era una pareja bien chida:

—Yo no me agacho —dijo Fer, que tripulaba una Yamaha de campeonato.

—Me cáe que no, mai.

Golmán, revisa los colgajos en su brazo; la espera cansa, hace que las vibras malas o buenas se dejen caer cuando se está al borde de subir de rango, ahí está el peligro de distraerse, si él y Maracas empezaron desde abajo: en esto la paciencia es parte del oficio, las prisas son espidbol que la noche vomita; Golmán empezó a viajar atrás de la motoneta, Maracas como chofer; aceptaron que ellos, la pareja, ya tenía capacidad para hacer trabajos que primero les encargó la señora Burelito después de una serie de preguntas, un interrogatorio de lo que todos sabían en el Barrio, donde no hay secreto que se oculte, una declaración de lealtad antes de encomendar algunos asuntos:

...que hay que bajarle la bolsa a unos güeyes,  
y venga, Golmán y Fer cumplían sin que se les atorara  
ningún tropiezo,

...hay que darle de madrazos a unos cábulas que no  
quieren dar la cuota,

y órale, buscaban el momento y con furia, como si de  
verdad fueran sus enemigos, les caían a los señalados,

...desde las azoteas hay que vigilar pa que los de la  
tira no se pasen de lanzas,

y chale, ahí trepados se podían estar horas sin pre-  
guntar nada,

...hay que echar de balazos al aire,

vengan los carajazos, pa qué averiguar la razón de los  
disparos, de la bulla, el motivo para madrear a descono-  
cidos o a un tipo que parecía ser muy amigo de la señora  
Burelito.

—Aquí, el que anda de averiguoso se va pabajo.

...y ninguno de los dos quería irse pabajo sin antes gozarla como la gozaban los jefes, entre ellos la señora Burelito, a quien ni siquiera cuando ya las órdenes las daba el Jitomate y les encargaba asuntos más gordos, ni siquiera en esos momentos en su cara jamás le dijeron la Rorra.

Desde lejos ven al Sombrerito caravanear a los clientes, con cara agria discutir con comerciantes vecinos, prender la tele sin verla para no descuidar nada, lo escuchan gritar la palabrita esa de versus...

Golmán bosteza, se deja ir por el ruideral del mercado, por ahí anda la carota de Simancas dando órdenes a los novatos, Algeciro Simancas, muy risueño, oliendo a loción dulzona, con sus camisas floreadas, echándoles miraditas con ganas de encuerarlos,

pinche Simancas,

y de Luis Rabadán, secote mal genioso, siempre quejándose porque un día Algeciro los iba a meter en una bronca por andar de puñal sin tapaduras.

Golmán puede reconstruir las miraditas que al principio Simancas les echaba y de las que no pasó, quizá porque la pareja de la Yamaha gris metálico, entre bromas y risas fingidas, comentó pa que todos lo oyeran:

Con ellos las puterías por amistad valen madres, si alguien quiere esculcarles la bragueta, en la mesa debe estar un fajo de dólares, y si no les llegan al precio mejor ni buscarle, porque les encabronan las joterías gratuitas.

—Cuando Golmán se enfurece, no hay Dios que le coloque freno, la neta —dijo Fer sin ponerle los ojos a nadie pero con la voz echada pal lado donde estaba parado Simancas.

...y durante los meses que estuvieron a las órdenes del trío, al tipo de las camisas floreadas como que se le bajaron las ganas, de reajo los miraba hasta que la Rorra dijo que el Bos los iba a necesitar, felicitándolos por haber

ascendido de grado que no pueden perder; ya están arriba de muchos que darían lo que fuera porque el Jitomate les encargara algo.

Al Sombrerito le fueron pastoreando cachos de su vida, sus malos humores y sus mañas, sus aburricones porque cuidado que el cabrón es aburrido, así que cuando al tipo —de quien ya sabían era Miguel Tello, rechoncho, capaz de tumbarle las comisiones a su misma mamá, lo escuchaban gritarle versus a los empleados, la pareja atómica, como ya Fer y Golmán se nombraban, se miraba entre sí buscando la clave:

—No se agüeven, versus.

...versus era la palabrita,

—¿Qué querrá decir versus?

...al oírla, el dueto sabía que el tipo andaba de malas, o tal vez la palabreja era una clave secreta, a lo mejor una forma de decirle a los empleados que el jefe nunca los perdía de vista, o quizá, vayan ustedes a saber, a Miguel Tello le gustaba el versus como remate a sus insultos.

Con versus o sin versus, Golmán y Fer Maracas se han pasado horas dando vueltas alrededor del negocio de Tello, mimetizados en el bonche de personas que trajinan; los dos han fingido pláticas con los demás ñeros de las motonetas; uno cada ocasión pa no desproteger la guardia tragaron mariscos vendidos en carritos de supermercado, elotes y esquites; han mirado las nubes; al anochecer, siempre unos minutos después de las ocho, desde lejos, uno atrás y el otro en la acera contraria, siguieron a Miguel Tello hasta el estacionamiento de los hermanos Berna para ver cómo el tipo, sin ocultar su gusto, se cambiaba de ropa por otra limpita, fina, y sin apearse el sombrerito arrancaba rumbo al sur de la ciudad.

—Lo siguen hasta el estacionamiento, ya después que se vaya solito —dice el Jitomate con voz débil.

---

Acompañada la orden con preguntas:

¿Cerca del estacionamiento no ve a nadie?

¿Quién lo acompaña?

¿Qué armas lleva?

Nada, Tello camina tranquilo, con el mismo paso. Nunca cambia la jugada. Bueno, por lo menos durante los días en que fue vigilado por los atómicos, quienes un jueves por la noche, al regresar al departamento oficina del Jitomate, que para esas épocas era ya quien sin intermediarios daba las órdenes, el Bos los colocó frente a él, que bebía tequila acompañado con rodajas de naranja, y les dijo así, sin más:

—Mañana en la noche el Tello se tiene que ir pabajo.

Fer Maracas movió las manos y Golmán se quedó quietecito como hielo.

—Lo esperan antes del estacionamiento.

La pareja atómica siguió en silencio. El Jitomate se metió un buche de tequila y se lo bajó con el chupetazo a una rodaja de naranja, después una pizca de sal y el ¡aaah! salido de la panza le picó lo sabroso al gusto.

—Tiene que quedarse entre la esquina y el estacionamiento.

El Jitomate los miró con la cara hacia arriba, como esperando otro trago, pero éste del cielo. Fer veía parte de la cara y el grueso de la papada del hombre, sentado sobre un sillón café. Golmán jugaba con el cierre de su chaleco de cuero.

—Que se caiga antes de llegar al estacionamiento, ¿entendieron?

Se miran los tres en la sala desordenada. Golmán repasa los cuadros y calendarios, la Guadalupana inmensa con sus veladoras blancas, las fotos del América con los jugadores en la clásica pose al centro del campo.

Los dos chavos observan los recortes de periódico con una mujer bailando en bikini. Al fondo, un enorme calendario de luz fosforescente, a un lado la Santa Muerte resguardada con veladoras negras.

Con cuidado Maracas pasa los dedos sobre la cubierta plástica de los muebles. Golmán mueve los hombros.

Los tres hablan en voz baja y en la otra habitación, la que da al exterior, se pueden oír las voces de la Rorra, Rabadán y Simancas. Las calles sin ruidos, el olor a fruta se mete como arpía, el sonido de una televisión en el cuarto de atrás que el Jitomate usa como oficina, la botella de Cazadores sobre la mesa; sin convidar, el gordo colorado vuelve a servirse el caballito, lo hace hasta la línea de la copa, sin derramar nada.

—Que el equipo esté bien chido, ¿eh?

Con la mano simula una arma. Después, con las dos, hace como que tripula una motoneta.

La pareja atómica oscila la cabeza de arriba a abajo; es un dueto que bajo las luces del escenario se desplaza con movimientos rítmicos y coordinados; se mueve dócil, seguro de su entrenamiento mientras el espectador, antes de beber tequila y chupar naranja, se prepara a aplaudir la gracia de los danzantes.

—¿Preguntitas?

Como si lo hubieran ensayado, los dos vuelven a mover la cabeza, ahora hacia los lados: giro a la derecha, pausa, giro a la izquierda, pausa.

El gordo rojizo traga tequila, lo paladea, se rasca la cabeza, entrecierra los ojos. Los abre y les pone la mirada a cada uno de los chavos que tiene enfrente...

...estos gandallas cada vez son más chavitos, menos controlables, con la prisa que se les sale por la mirada; así los revisa, nota que Fer no puede ocultar una mueca de aburrimiento, es ancho, de piernas gruesas, le ve los to-

billos que al sentarse el pantalón deja descubiertos, viste con ropas oscuras y holgadas, un verdoso jersey de los Jets de Nueva York, por eso hay que repetir las cosas, estos chavos se sienten dueños del planeta, hay que saber cómo aprovechar su impulso.

—Nada de voltiar pa tras —insiste.

El tequila le retimbra en el gustito pero no le desflora las ganas, el Jitomate sabe que cuando se va a dar el primer trancazo fuerte, los chavos tienen que estar bien chidos pa que no se les vaya a raspar el atole, la neta, al Jitomate le gustan los nervios, que la gente esté más brava que león hambriento, la nerviosidad canta rancheras y mantiene bien punzado el pensamiento,

...y Golmán está frío como nube de espidbol, ni siquiera mueve las manos, no se las restriega en el chaleco de cuero, en la camiseta blanca, en los pelos pintados, en la oscuridad de la piel, en las botas cortas, en los pantalones ajustados, como si ambos chavos trataran de ser diferentes hasta en su vestimenta.

—No la vayan a cagar porque no se la acaban, ¿eh?, neta, no se la acaban.

A Fer Maracas le valía madre el tal Sombrerito, se lo dijo al Golmán desde el momento en que se inició la vigilancia, lo repitió una noche antes al entrar a los Baños Aurora:

—Chale, lo que haya hecho este ojete, a mí me vale.

—Iguanas, mai.

Con furia Golmán se restriega con el zacate rasposo para que el jabón le quite las manchas. Tiene dos tatuajes en la espalda, uno en cada lado, simétricos, protegiendo cada pulmón, las figuras de la Santa Muerte que Golmán ama y luce en los baños públicos sabiendo que los otros clientes lo admiran; tanto que le costó mandarlas poner, línea a línea, trazo doloroso, piquete de aguja; la grandeza de los

tatuajes hizo que las sesiones para marcar su espalda fueran muchas, a sangre que se escapa como ofrenda a la Señora; se enjabona el pecho, las axilas de pelos ralones, se talla los dedos de los pies, donde la mugre es tan obstinada.

—Órale, lo que sea que salga, pa qué andar de metiches —escucha a Maracas; le ve la pinga medio levantada, el jabón cubriendo el cabello.

Entre la bruma del vapor del agua caliente, en el espejo, Golmán se mira la espalda, goza de saber que a la retaguardia, como doble ángel custodio, trae de guarura a la figura pareada de la Señora Blanca, le agrada que los otros hombres, desnudos, le admiren los tatuajes,

...que el Jitomate, aunque jamás haya visto encuerao al chavo, bien sabe que en duplicada posición están pegados al cuerpo del que se levanta y sin dar la mano sale seguido del otro, del tal Fer Maracas, quien mañana manejará la Yamaha antes que Golmán, con la Mágnum, le tumbé las ganas de crecer a Miguel Tello, al que la pareja atómica llama el Sombrerito.

—Chale, lástima que el bautizo le vaya a durar tan poco a este güey, mai.

Aunque los minutos valuados como escasos existan en alguna parte del cosmos, los segundos llegan con la última espera que parece alargarse hasta el fin de la respiración; eso estaba en las entrañas de la pareja atómica ese viernes en que Tello tomó rumbo a su Honda dorado, quizá para él se tratara de un día igual, pero no para los atómicos, que dividieron fuerzas: Golmán, como si fuera jugando, caminó atrás del Sombrerito por si en el último momento algo distinto pasaba. Fer Maracas avanzó para buscar la Yamaha que había dejado en el taller de Román.

Después del pericazo que Golmán se diera en el baño público, camina al ritmo de los pasos del hombre que sigue, no lo distraen ni los ruidos ni las voces de un mercado que

va perdiendo su vibra al mismo tiempo que la noche de invierno se hace profunda. No es su primera ejecución, qué va, pero es la inicial en el Barrio, las otras fueron pa darse él mismo la medalla de ejecutor sin chofer, digamos que cascareos de futbolito llanero. Ahora va a debutar con los profesionales, los que cobran por partido y por goles metidos. Tan lo sabe que odia el traca pum que se le mete en las manos sudadas como si el Sombrerito algo le estuviera cobrando por adelantado en la segura de la boca dentro de un odio que parece nuevo hacia el imbécil ese que va tan tranquilo. Golmán anda con los meados que se le atorán en alguna parte de la vejiga, con las ganas de jalarse otro par de rayas; la rabia crece sin saber la razón por la cual odia al cabrón Tello, que sigue su camino saludando y quizá diciendo versus sin ton ni son hasta llegar al trampolín de su última alberca. Golmán se soba los omóplatos, donde sabe que Ella está tatuada. Ella, la que lo cuida mientras Tello, Miguel de nombre, con el sombrero calado sobre la ceja derecha, muy gallo que se siente, apenas va a cruzar la Avenida del Trabajo.

Fer Maracas camina hacia el taller. Sabe que Román a esa hora está escuchando los discos de la Sonora Santanera porque el tipo dice que se parece a uno de los cantantes de la orquesta; el mecánico, en plena actuación, finge cantar frente a un improvisado micrófono, se dirige hacia un público de autos despintados y llantas rotas, y sin decir buenas noches, sin fijarse en nada más que en su actuación, cobrará por haberle cuidado la Yamaha sin importarle que en un rinconcito, por aquello de bajar los nervios, el chofer se meta tres líneas y después Fer, con el encendido automático, arranque la motoneta, pruebe que el motor se escuche ronroneante —chida la maquinita— y salga despacio rumbo al parquecito trasero al frontón que a veces sirve de caballeriza a los pencos de la policía montada.

Espera el paso de Tello y la llegada de Golmán, que se preparará a la moto dando la orden, carajo, desde que formaba parte de Los Pingüinos a Maracas las órdenes le desagradan pero sabe que así es la jugada; cada quien tiene su papel en las películas que ve en los cines del Eje Central: lo mismo vale un Demián Bichir que un Bruno Bichir, los dos son artistas bien chidos los güeyes, en las películas le rajan la madre o todos, hermanitos de verdad que son los actores Bichir; Golmán no es su hermano pero tiene que aceptar que anda más seguido con él que con su mismo bróder de sangre, a quien no ha vuelto a ver desde que se fue a trabajar en las pizcas del otro lado de la frontera.

Suena el motor, se oye parejito, siente el poder de la máquina, pequeña la moto pero muy buena pa la chamba, las grandes estorban, son muy vistosas pa los ojos de la envidia. Como el motor de la Yamaha, su pulso está a ritmo; él va a manejar, a dejarse ir por el gusto chido de llevar a todo trapo a su grisedita del alma, la que tantos gustos le ha dado. Fer nomás va a manejar, el plomo va a salir de la pistola del Golmán; siente bajo el asiento que el motor responde; es un viernes, hace frío. Maracas espera que todo se acabe rápido pa regresar a ver el juego de los Cargadores contra los Vikingos de Minnesota.

Miguel Tello goza cuando llega el viernes. Deleitoso se siente desde que sale de casa y toma rumbo al negocio: los seis puestos de aparatos, ropa, juegos de video, lentes, plumas, artículos chinos, botellas de marca y cigarrillos, bien distribuidos en varias calles para darle valor a la mercadotecnia, como dice su compadre Martín Becerril, que tan buenos consejos le ha dado siempre. Tello goza porque mañana es sábado y se puede levantar un poco más

tarde; hoy, al regresar a casa, hay tele pa muchas horas y el traguito de brandy.

Tello no es de los que pierden el tiempo en lo que no da dinero: desde niño puso su primer negocio en el deportivo de La Magdalena; a trasmano aceptó la concesión del restaurante del centro recreativo, Miguelito puso los contactos con funcionarios pa obtener las licencias y además los datos que permitían saber en qué lugar de La Magdalena iba a celebrarse una fiesta; el socio puso la vajilla, sillas, manteles, meseros, la comida, los tragos, ¡chale que era buen negocio!

Lo recuerda ahora que la mañana del viernes va adelantada; Miguelito anda alegre, recordoso. Las nostalgias no le quitan la costumbre de mandarles recados a sus empleados: ¡versus!

...y los empleados, que a su vez son sus familiares qué carajos con darle confianzas a desconocidos, están enterados: con el versus les está diciendo no me vayan a robar porque se los lleva el chamuco.

Tellito no confía en nadie, por supuesto que no, menos en estos rumbos de la capital diferentes a lo montañoso de La Magdalena. Sí señor, todos saben que la ciudad es diferente en cada rumbo, y aunque se viva en la misma, para los magdalenos el territorio de más allá del periférico es de otros que no entienden a los serranos, como lo es Miguel Tello, que tiene que poner cara de estar a gusto y decir que ama al Barrio como a su misma sangre cuando a él le repugna ese sitio, sin decírselo más que a su esposa pa no meterse en líos.

De nuevo le entra esa nostalgia que le sorprende; a él, que no es romántico, le intriga que hoy tenga ganas de repasar algo de su vida en este viernes, que pinta como el mejor. No hay amenaza de lluvia y en el Barrio no se esparce esa nerviolera que se olfatea cuando algún opera-

tivo policiaco se va a dar. No se vislumbra el desmadre organizado para que los dueños de los supermercados grandotes suban sus ganancias. Sí señores, bien lo sabe Miguelito, pero ni modo, él tiene que aguantarse cuando los Boses fabrican la escandalera para sacarles más dinero a los dueños de los súpers.

No quiere borrar el gusto de recordar: los triunfos de hoy se deben a los porrazos del pasado, cuando le quitaron los negocios en casi todas las oficinas de la delegación. Ante eso, supo que La Magdalena, pese a ser su cuna, pa los negocios ya estaba salada y se fue a buscar los bisnes en otros lugares cuando su compadre Martín Becerril, zorruno, con su vocecita de muñeco de ventrílocuo, le dijo que mejor debían poner otra clase de bisnes, que en La Magdalena corrían el riesgo de parar en la cárcel, mejor que su compadre pusiera unos puestos en el Barrio, que aunque lejos de su terruño, era oportunidad de oro:

—Hoy o nunca, compadre —insistía Martín y Miguel no lo pensó dos veces, con las recomendaciones de un licenciado amigo de Becerril, y además, por supuesto, bien cimentado con un buen fajo de los ahorros en la mano, se fue a parlamentar con los gallones del Barrio.

Al recordarlo le da risa, cuando los problemas pasan nomás dan risa. Con cuidado pa no mancharse la ropa de trabajo, come mole de olla. Tello ve el reloj, hoy trae ganas de tirarse en la cama desde temprano, saborear el negociote donde por fin le pudo dar un quiebre al Jitomate. Al saberlo, el compadre Martín movió la cabeza, peló los ojos, medio chilleteó: plis, esas transas no quería ni oírlas, capaz que lo podían acusar de estar envuelto en un enjuague en el que ni vela tenía:

—Vete despacio, compadre, más vale estar en segunda fila que en la primera del panteón.

Nunca nadie le había podido quitar ni un solo peso al Jitomate, nadie y mucho menos la cantidad que su compadre Tello se estaba enbuchacando.

—Uh, compadre, por menos el viejo arde de muina, imagínate con lo que le quitaste.

Miguel contestó que él tenía cubierta cualquier revisión que le quisiera hacer el Jitomate:

—Si no soy pendejo, compadre, además, ladrón que se trinca a un colega no tiene por qué darle cuentas a nadie.

Fer Maracas siente el rumorcillo de la moto calentarle las nalgas y el cuerpo del Golmán apretarse en el asiento de atrás antes de acelerar con mucho cuidado para no romper la tranquilidad de la noche.

Fer jala aire frío, siente los movimientos del Golmán que ya con la Mágnum en las manos se acomoda en el asiento.

La avenida, pringada con algunos pequeños focos, es un desoladero. Tello vuelve la cara a ambos lado de la calle y avanza hacia la acera contraria.

Fer mantiene a la moto con las luces apagadas; un pie va tocando el pavimento. El tiempo ha pasado, ya no es parte de Los Pingüinos, tan lejos que palpa aquellos ayeres, carajo.

Sin hablar, que al fin y al cabo en este momento ya nada tienen que decirse, Golmán se chupa el bigote ralo.

El Sombrerito va a medio arroyo y ni siquiera ha vuelto la cara para mirar la luna destilada entre las nubes y el polvo.

A Fer no le importan los ladridos de los perros ni las figuras plomizas de los teporochos que, después de sus oraciones en la Capilla de la Esquina de los Ojos, empiezan a acomodarse bajo la basura.

Golmán siente que el sudor de la mano le moja el arma, gira la cara para revisar si hay alguien más que los borrachines.

Tello empieza a silbar, aún le faltan un par de metros para subir a la acera.

Fer tensa los músculos, escucha la respiración agitada del de atrás.

A Golmán le crece un odio como si algún gandalla le hubiera borroneado las Santas Figuras dobles de su espalda.

El Sombrerito sigue chiflando, al llegar al borde de la banqueta alza el pie izquierdo, que tan de mala suerte es y por eso lo cambia al derecho.

Fer hace que la Yamaha avance otro poco y apenas vira el rostro para buscarle los ojos a Golmán, que mueve la cara y en un susurro de aire le dice que aguante un poquito; pese al frío de la noche se pasa el antebrazo por la mejilla, quizá para limpiarse algo que podría ser sudor.

Tello vuelve la cabeza, mira que a unos diez o doce metros una moto va como si estuviera paseando a unos enamorados.

Fer siente en la panza el quejido de algunos gases tercos.

Golmán dice: ¡Sale!, y con la pistola le pica las costillas al que maneja la moto.

Miguel Tello deja de silbar, abre los ojos buscando que alguna gente rompa con la soledad del rumbo.

Fer detiene la motoneta, con los dos pies en el suelo espera que Golmán diga algo.

Tello los ve de nuevo, respira hasta adentro, se mueve para huir al tiempo que Golmán dice órale. Fer hace que la moto respingue y se vaya contra la oscuridad.

Tello avienta el paquetito que llevaba en las manos y corre quizá buscando la protección del estacionamiento,

Golmán apunta con el arma, Fer sigue con los ojos puestos en la calle, Tello siente que el frío se hace más pesado, nadie se asoma por las ventanas que de pronto se han oscurecido, Golmán dispara una vez contra el tipo que al parecer por algo se ha detenido, con las manos extendidas da el frente a los de la moto, trata de hablar, Fer ve que el hombre tiene los ojos llenos de espanto y ahí mismo, en ese panorama de miedos, Golmán le atiza el segundo, el sombrero se ha ido rumbo a las coladeras como si a la sangre y a los sesos también les repugnara ver que la cabeza se ha destapado.

El tipo se va para atrás como flor podrida y antes de caer recibe el tercer plomazo, que se confunde con el ruido de la motoneta Yamaha perdiéndose por el rumbo contrario donde brillante está la Capilla en la Esquina de los Ojos Rojos.